

## MICHAEL HAGNER

### Vastedades del proyecto \*

\* Traducción del alemán: Fernando Quincoces

Fue Alexander Kluge quien propuso la deliciosa idea de que con los proyectos se salvan distancias<sup>1</sup>. Puede tratarse de países lejanos, de un barrio próximo o simplemente de una biblioteca. Sea lo que sea, la cuestión es regresar a casa con nuevos conocimientos, imágenes o experiencias. Lo cercano y familiar no vale para un proyecto. Habrá personas que consideren que visitar a su abuela es un proyecto, pero mejor es que desechen la idea. Ni siquiera los aventureros que siguen las huellas de un Marco Polo, un Alexander von Humboldt o un Charles Darwin están necesariamente abordando un proyecto. Los iniciadores de proyectos son viajeros que se alejan de lo acostumbrado para establecer una diferencia.

En el proyecto lo nuevo, lo sorprendente, reside en el esbozo y *además* en la ejecución de los planes. Un proyecto supone intrepidez, albergar grandes ambiciones y no siempre disponer de todos los medios y conocimientos necesarios para llevarlo a cabo. Los autores de proyectos se hallan “en la transición entre un momento comprometido y un porvenir que aún está por decidir y formar”<sup>2</sup>. En sí mismos todos los proyectos presentan un lado utópico, si bien se diferencian de la utopía en que siempre tienen un aspecto práctico. O lo que es lo mismo: “Quien hace proyectos es un especialista en técnicas; el utopista, un especialista en valores”<sup>3</sup>. El proyecto es exploratorio, se alía con lo desconocido, y por eso mismo puede también fracasar.

A quienes se han enfrentado seriamente con la naturaleza de los proyectos no se les escapa su carácter incierto. La *Enciclopedia* de Diderot y d’Alembert señala concisamente: “Plan que se pretende realizar; el proyecto dista de la realización, y la realización aún más del éxito”<sup>4</sup>. Es posible que el autor de esta definición tuviese en mente a Daniel Defoe, el primer teorizador de los proyectos. Cuando en 1697 presentó

a un editor su primera obra, *An Essay upon Projects* (Ensayo sobre los proyectos), Defoe se hallaba en una situación penosa. Había especulado financieramente con resultados catastróficos, estaba en bancarrota y se veía obligado a huir de sus acreedores. Proponer en semejante situación un alegato a favor de los proyectos no era pequeño descaro, pero quizá no fuese más que una necesidad de reinventarse como persona y como personaje público.

Defoe era consciente de la intrínseca dualidad de quien hace proyectos. Por un lado, dice, se apoya en la necesidad, esa *madre de la invención* que está en la raíz de toda búsqueda de un bienestar social, político y económico. Por eso la Inglaterra de la primera revolución industrial fue el epicentro de la era de los proyectos (*the projecting age*). Por otro lado los proyectos corren siempre el peligro de fracasar. Unas veces por excesivos, como el de la Torre de Babel: “La construcción de la Torre de Babel fue cabalmente un proyecto, pues es cierto que la definición verdadera de un proyecto, tal como lo entienden estos tiempos modernos, es, según se ha dicho, una empresa demasiado vasta para ser cumplida, y por lo mismo abocada con seguridad a la nada”<sup>5</sup>. Otras veces, porque se tienen demasiados en la cabeza, y de esto Defoe también sabía algo: “Y entonces, acrecentados mi negocio y mi riqueza, mi cabeza comenzó a llenarse de proyectos y empresas fuera de mi alcance, los cuales son a menudo la ruina de los mejores talentos del comercio”<sup>6</sup>. Defoe pone la frase en boca de su héroe Robinson Crusoe, y no precisamente cuando éste se halla en su isla exótica, sino cuando es un próspero cultivador de tabaco y todavía no ha emprendido su fatídico viaje llevado del puro afán de concebir proyectos. Quien deja que el ansia de planear proyectos se convierta en un espejismo irá a la ruina, arrastrando con él su empresa o la colectividad.

¿Pero en qué campos pensaba aplicar Defoe sus proyectos? Desde luego no en las artes, sino en instituciones y actividades de la vida pública que hoy también nos preocupan: bancos, compañías de seguros, carreteras, prestaciones para los marinos y sus viudas, manicomios, tribunales de comercio y academias (señalando como particularmente apremiante una academia militar y la educación de la mujer). Es decir, se trata de política, economía, justicia social, educación y solidaridad y menos de ciencia en sentido estricto.

En la época de Defoe, y todavía durante mucho tiempo después, solamente una pequeña parte de las ciencias se organizaba conforme a proyectos. Hubo, es cierto, viajes de exploración y de descubrimiento y acciones concertadas para la observación de acontecimientos astronómicos, por ejemplo; pero el hecho es que la colección, observación, cálculo, prueba, experimentación y ensayos teóricos —elementos fundamentales todos de la actividad científica— no eran por lo general parte de un proyecto. Aunque en todas las épocas históricas ha habido empresas científicas que han fracasado o que han conducido a resultados distintos de los esperados, no resulta muy fructífero describir la teoría de la gravitación de Newton, la teoría de la evolución de Darwin o la teoría de la relatividad de Einstein como proyectos.

Únicamente en el siglo XX adquiere cada vez más la actividad científica la forma de proyectos, con lo que se llega a una nueva concepción de ambos términos, “ciencia” y “proyecto”. Los científicos se asocian entonces cada vez más en equipos de investigación interdisciplinarios cuya prioridad no es ya el descubrimiento sino el diseño y elaboración de un producto que sea útil más allá del terreno meramente científico. Dos proyectos tan dispares como el Proyecto Manhattan para la fabricación de la bomba atómica y el Proyecto del Genoma Humano han tenido considerables consecuencias políticas y económicas y han dejado su impronta en las sociedades modernas. Lo más notable en nuestros días es que el carácter proyectual de la ciencia, ensayado ya en algunos grandes proyectos, va extendiéndose progresivamente a todos los ámbitos de la ciencia. Básicamente ésta ya sólo se lleva a cabo en forma de proyectos, y la consecuencia ha sido la aparición de toda una cohorte semántica de conceptos: idea del proyecto, esquema del proyecto, concepción del proyecto, sinopsis del proyecto, descripción del proyecto, realización del proyecto, estatus del proyecto, participantes en el proyecto, responsable del proyecto, asesor del proyecto, financiación del proyecto, gestión del proyecto, seguimiento del proyecto y término del proyecto. Esta misma proliferación de términos da a entender también que la idea de proyecto se ha transformado radicalmente.

En la actualidad los proyectos casi nunca nacen de la fantasía de aventureros que a veces se arruinan, ni de errabundos o viajeros atraídos por lo desconocido. En la nueva clase de proyectos este tipo de promotores de proyectos, gente un tanto rara e impredecible, prácticamente ha desaparecido. Los proyectos surgen ahora de los

despachos de las compañías y organismos que se ocupan de administrar y controlar, o en todo caso pasan por sus manos. Se fijan así pautas estandarizadas, porque nada aborrece tanto la gestión moderna como un proceso que no encaje en sus categorías. Por esa razón la palabra “proyecto” se utiliza lo mismo para el desarrollo y comercialización de un nuevo juego de ordenador o de una cadena de restaurantes que para el proyecto número 137 en torno al tema “Ciencia y arte”. Al final el criterio más importante de los nuevos proyectos es que deben terminarse a toda costa. Y lo normal es que se cierren con un informe final, uno de los fenómenos más ingratos de la actividad académica.

Señalemos también que antiguamente los proyectos se distinguían por la necesidad, la distancia respecto a lo familiar, el peligro de la dimensión excesiva, la dispersión y la sorpresa, mientras que el afán proyectista como elemento básico de un mundo reglamentado hace que se vea con recelo la vieja idea de proyecto. Esto no significa que haya que despedirse ya de los proyectos, puesto que indudablemente sigue habiendo formas subversivas de proyectar. Por ejemplo, cuando alguien dice: “Projects, done”. A primera vista esto se asemeja a una bofetada a los autores de proyectos, que tantas veces tienen que vérselas con el fracaso. Como amigos de los iniciadores de proyectos, argumentaremos que un proyecto que en contra de lo esperado se completa, ya no es un proyecto, sino una obra, un producto, un logro, un éxito<sup>7</sup>. Si esto fuese cierto no podría haber “Projects: done”. Pero tal vez pueda explicarse esa contradicción. Para empezar, lo que se dice no es “Projects: finished”. “Proyectos finalizados” sería propio del lenguaje administrativo de oficinas de proyectos. Sin embargo, *done* puede significar también “cerrado”, y en ese caso se habría archivado (aun no estando necesariamente concluido), o puede significar “hecho”, lo cual hace referencia a una actividad que no excluye la posibilidad de seguir trabajando sobre ella o de que sufra modificaciones. Es lo que aparentemente sucede con los proyectos de Candida Höfer.

Por ejemplo, el proyecto *Türken in Deutschland* (Turcos en Alemania) hubiera debido culminar en un libro, pero éste nunca se editó. En lugar de eso las fotografías acabaron guardadas durante décadas en un cajón. Está por lo tanto hecho (ya no habrá nuevas fotos), pero ¿está acabado? ¿Y estaría acabado si ahora se editase con ellas un libro, que probablemente diferiría del concepto original? En ese aspecto,

*Türken in Deutschland* sigue siendo un proyecto que desea ser entendido precisamente desde ese carácter abierto. En cambio, el proyecto *Zoologische Gärten* (Zoológicos) ha dado origen a una exposición y a un libro, pero no por ello está cerrado. Aún se le pueden incorporar otras fotografías: “Project: done, yet unfinished”. *Zoologische Gärten* se ha convertido plenamente en obra y al mismo tiempo ha seguido siendo un proyecto. O tomemos el proyecto *Flipper* (Máquinas de jugar a bolas), que hasta el momento nunca se ha mostrado en público. ¿Fracasado? ¿Inacabado? ¿Descartado? Tal vez más bien un proyecto hecho para continuar siendo proyecto —durante mucho tiempo sin testigos— y ahora presentado al público con ese estatus. Y por último *Innenräume* (Interiores), que también fue iniciado a principios de los años setenta y que quizá sea para Candida Höfer lo que fueron *Menschen des 20. Jahrhunderts* (Personas del siglo XX) para August Sander o *Esculturas anónimas* para Bernd y Hilla Becher: un proyecto que, por principio, es inacabable.

Por supuesto que esa ambivalencia no es cierta de todos los trabajos. *Zwölf. Die Bürger von Calais* (Doce: los burgueses de Calais), *Niederländische Botschaft Berlin* (Embajada de los Países Bajos en Berlín) y tal vez incluso *On Kawara* se han convertido en obras que no quieren ser otra cosa y que por lo tanto no están sujetas a fermentación. Así es como debe ser, porque de otro modo ni siquiera apreciaríamos los múltiples niveles de los trabajos de Candida Höfer. Son obras que existen en diversos estados. Y cuanto más potentes sigan siendo los conjuntos individuales tanto más son proyectos. Por ello *Projects: Done* permite una mirada que tiene en cuenta la antigua vivacidad de los proyectos. Están no acabados y no inacabados; no completados, y sin embargo hechos; están cerrados, porque las circunstancias son ésas, pero no concluidos.

## Notas

1. “‘Projekte sind im Grunde Vorgriffe, Ausbrüche in die Ferne’: Alexander Kluge im Gespräch mit Claus Philipp”, en Christian Reder (ed.), *Lesebuch Projekte*, Viena: Springer, 2006, pp. 9-29 (p. 12).
2. Markus Krajewski, “Introducción”, en Markus Krajewski (ed.), *Projektmacher. Zur Produktion von Wissen in der Vorform des Scheiterns* [Proyectistas. Sobre la producción de conocimiento en la forma preliminar del fracaso], Berlín: Kulturverlag Kadmos, 2004, pp. 7-25 (p. 24).
3. Georg Stanitzek, “Der Projektmacher. Projektionen auf eine ‘unmögliche’ moderne Kategorie”, en M. Krajewski (ed.), *Projektmacher, op. cit.*, pp. 29-48 (p. 43).

4. Citado por G. Stanitzek, *loc. cit.*, p. 33.
5. Daniel Defoe, *An Essay upon Projects*, Londres: Thomas Cockerill, 1697, p. 20.
6. Daniel Defoe, *The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe*, Londres: W. Taylor, 1719, p. 42.
7. M. Krajewski, *op. cit.*, p. 23.

**[Originalmente publicado en el catálogo CANDIDA HÖFER. PROJECTS: DONE, Museum Morsbroich, Leverkusen, 2009. Traducido y reproducido con la autorización del autor]**